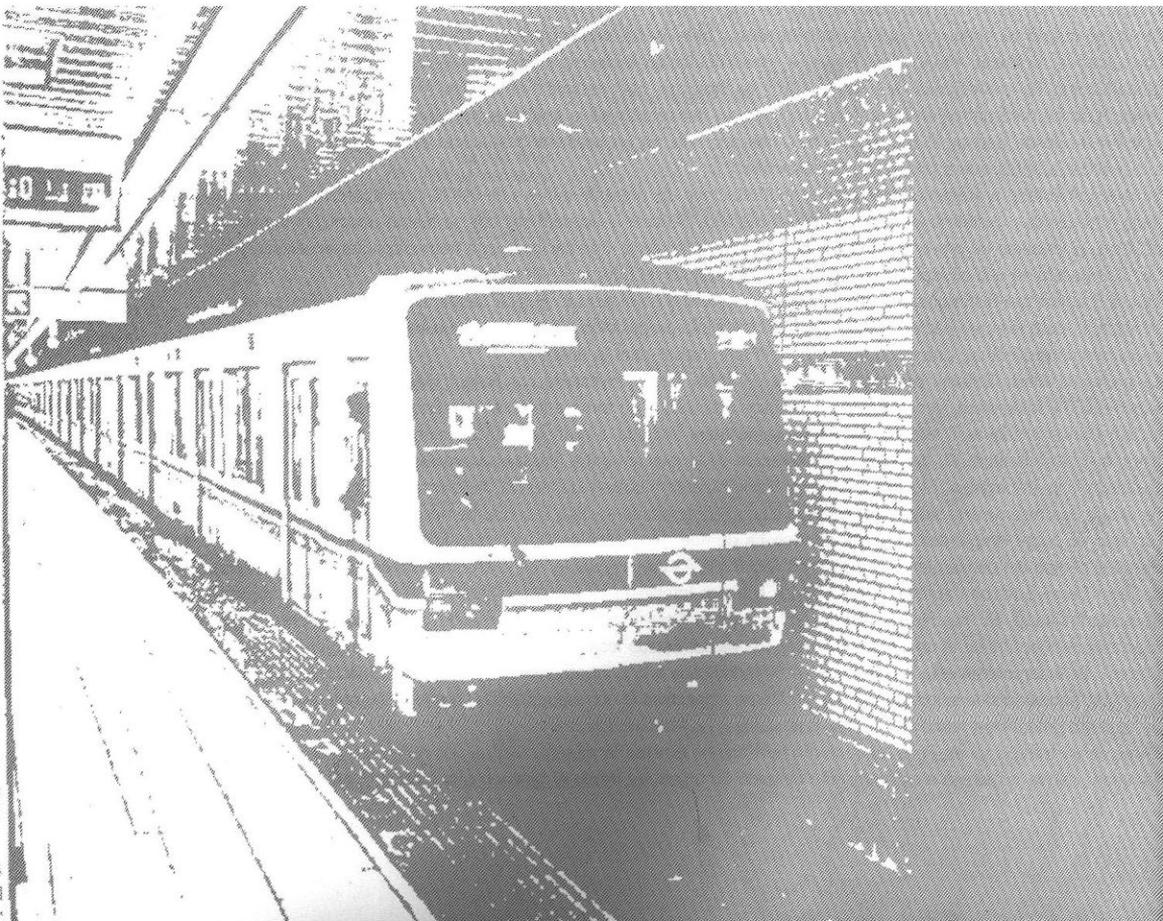


LOS LEJOS CERCANOS

DRA. MARTHA ZATONYI ■
PROFESORA
FADU/UNL

Fotografías de la autora



“Andan ahí montones de cosas formidables,
pero ninguna más formidable que el hombre.”

Sófocles: *Antígona*



Movimiento febril, ajetreado. Dicen que en un solo día nueve millones de personas pasan por la estación Tokyo. Un dato de resonancia legendaria: imposible sentirlo, y hasta pensarlo. Ni siquiera convocarlo en los sueños.

La densa y compleja red de las líneas subterráneas de Tokio, ciudad capitalina de este país insular, se extiende hacia las profundidades, conquistando el silencio de la tierra oscura como lo hacen, en sentido contrario, los rascacielos: desdiciendo la esencia terrenal del hombre, se pretenden pétreos centinelas de los cielos, ora grises y melancólicos, ora diáfanos y esperanzados, pero siempre graves.

En este diálogo vertical, el recorrido circular del tren urbano opera con voluntad de mediador: los vagones se deslizan velozmente sobre sus rieles, confirmando la inalterable puntualidad que hace tiempo dejó de ser sólo un asunto pragmático para convertirse en una demostración moral del sentido, un baluarte de la cohesión social.

En la estación Yurakucho, mi gentil Virgilio, el arquitecto Masao Shiina, me indicó que debíamos bajar. El objetivo del viaje era visitar el Foro Internacional de Tokio. Al salir del tren, surgió como una visión deseada pero inesperada a la vez. Allí, bajo la estridente luz del sol invernal, emergió de entre la masa

urbana, para mí caótica, como un triunfo del logos, gravitando etéreamente, el volumen desmaterializado de la Sala de Cristal. Desde la profundidad de sus tres niveles de subsuelos, asciende y se aligera hasta alcanzar el resplandeciente vuelo de sus sesenta metros de altura. La planta elíptica se fuga hacia los ángulos agudos de los extremos, separados por la sorprendente distancia de doscientos metros. En el centro, su ancho se dilata treinta metros, para ofrecer una cordial contención. Si bien la solución estructural impacta por su sabia audacia y por la renovación paradigmática que conlleva, se hace evidente la gratitud que tiene su creador, el arquitecto Rafael Viñoly, al legado de doscientos años de modernidad, iniciada por la fundación pionera de la arquitectura de los ingenieros. A su vez, Viñoly consigue algo que es propiedad exclusiva de los grandes: utilizar la tecnología más avanzada, no para un estéril alarde de la tecnología misma, sino para reinterpretar, a partir de tal tecnología, la tipología prevaleciente de acuerdo con la demanda de un momento dado y de una constelación socio-cultural particular, de tal manera que con la obra logra enriquecer el universo simbólico. La obra expresa una realidad configurada por y para nuestros tiempos en Tokio, en Japón y en el mundo en que vivimos.



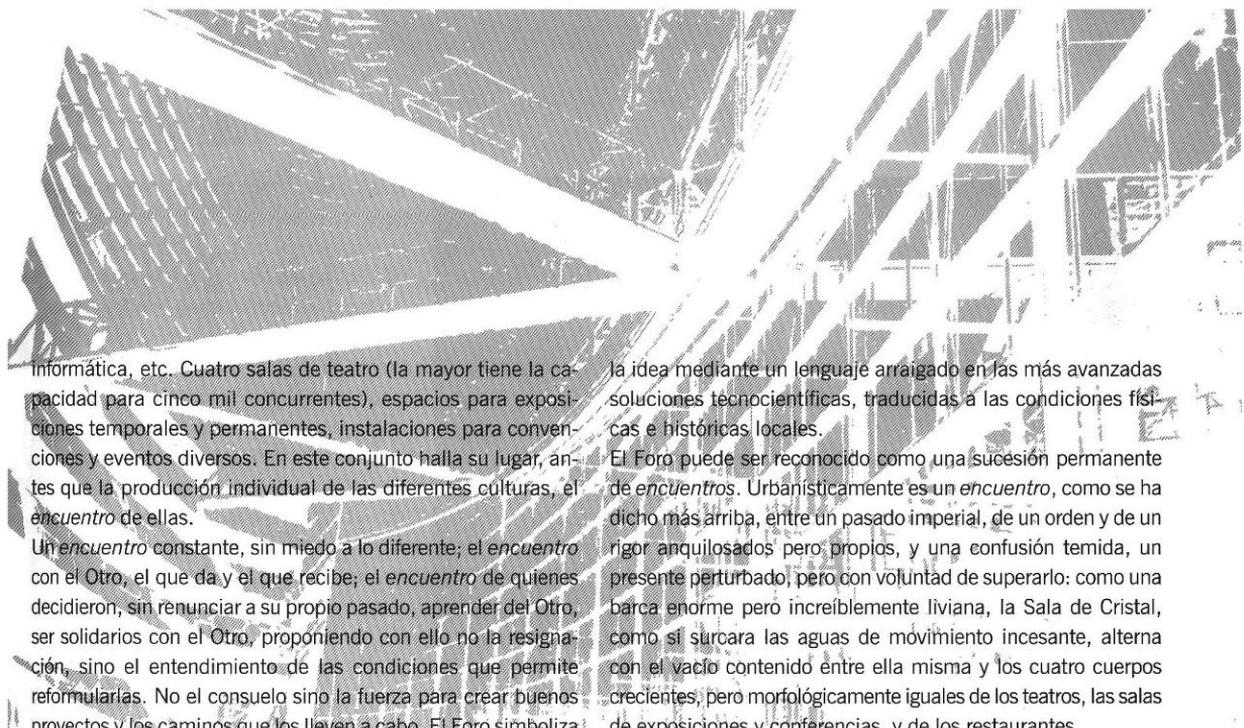
Las soluciones estructurales siempre actúan como respuestas funcionales y como realidades simbólicas. Las dos columnas ciclópeas, cónicas y esbeltas, sostienen el luminoso entablamento desde adentro, *con la manipulación consciente de los rumbos de las fuerzas principales* al decir de Viñoly y, tal como el incesante anhelo del hombre, ascienden hacia el mundo de las ideas a pesar de la inexorable ley de gravedad; los tensores, renunciando a la ostentación de su fuerza, se encargan de articular lo lleno con lo vacío, el adentro con el afuera, lo luminoso con lo sombreado; las galerías permiten saber que lo público se instauro en relación con los límites que traza lo semipúblico; las escaleras estáticas o mecánicas como los ascensores, de bello diseño, vinculan simbólicamente este lugar con el espacio urbano en su dinámica vertical. Los ejemplos parecen ser infinitos.

El ritmo entre las siete estructuras que componen el conjunto, extendido sobre 145.000 metros cuadrados de un área urbana privilegiada y sumamente codiciada, se ve materializado por la respuesta formal a cada programa funcional.

El Foro, al unir la curva predeterminada por la línea del ferrocarril -límite de una enmarañada presencia edilicia y de una turbulenta realidad demográfica- con el trazado perpendicular de un barrio sobrio y poderoso -preludio del parque que se halla configurado por islas y canales y por la grave memoria imperial-, expresa una civilidad resignificada.

La idea generatriz del Foro Internacional de Tokio se nutre de diversas raíces: la principal, tal vez, es la siempre latente necesidad del Japón de abrirse al mundo. Sus espacios debían concebirse para un incesante y fructífero dar y recibir. El aislamiento no se disuelve con mero recibir, ni siquiera si se consigue un excelente aprovechamiento de lo acogido. La circulación sanguínea de un país está condicionada también por el dar. Lo heredado se constituye en herencia al ser transmitido. Japón, evidentemente, se empeña desde hace más de un siglo en convertirse en dador, a pesar de que las pautas y modalidades de la cultura perduran inexorablemente. Junto a la arcaica cosmovisión de las experiencias y serenas reglas shintoístas, junto a la lúcida piedad del budismo y a la decisión de convertir el rigor de la naturaleza en digno marco de la vida, también sobreviven, aunque con nuevos significantes, la belicosidad, el temor al hambre, la vocación del anonadamiento en un orden superior. Sin embargo, jalonados por adelantos y retrocesos, por dolores y desaciertos, se producen avances, aciertos y admirables logros. Este país ya dejó de ser el legendario fin del mundo, el más lejano de lo lejos.

Tal vez era inevitable, tal vez hacía falta un recorrido tan difícil para que esta voluntad encontrara su propia tipología y su símbolo arquitectónico. El Foro, su nombre mismo lo anuncia, se ofrece como lugar de encuentros internacionales, abarcando áreas de actividad como el arte, la ciencia, el comercio, la



informática, etc. Cuatro salas de teatro (la mayor tiene la capacidad para cinco mil concurrentes), espacios para exposiciones temporales y permanentes, instalaciones para convenciones y eventos diversos. En este conjunto halla su lugar, antes que la producción individual de las diferentes culturas, el *encuentro* de ellas.

Un *encuentro* constante, sin miedo a lo diferente; el *encuentro* con el Otro, el que da y el que recibe; el *encuentro* de quienes decidieron, sin renunciar a su propio pasado, aprender del Otro, ser solidarios con el Otro, proponiendo con ello no la resignación, sino el entendimiento de las condiciones que permite reformularlas. No el consuelo sino la fuerza para crear buenos proyectos y los caminos que los lleven a cabo. El Foro simboliza el núcleo esencial de este *encuentro*.

La arquitectura japonesa de espacios públicos, con su amplia variedad tipológicas, presente en todas las regiones del archipiélago, adquirió notoriedad tanto por sus volúmenes como por su calidad. Estimulada por la fuerte cohesión social y sostenida por la coyuntura económica, se convirtió quizás en el signo más representativo de una modernidad ya no tomada sino propia, tras amalgamarse con lo particular y con lo tradicional.

De entre los trescientos noventa y cinco proyectos oriundos de sesenta y cinco países que participaron en el concurso internacional -el primero convocado y auspiciado por la gobernación de Tokio-, resultó seleccionada la propuesta del arquitecto Viñoly, según la decisión del jurado integrado por los japoneses Tange y Maki, por el chino-norteamericano Pei, y por los occidentales Gregotti y Erickson.

Si bien en las bases del concurso no fue consignado explícitamente el concepto de *encuentro*, se manifestó la esencial voluntad de una nueva vida cívica. El proyecto logró corporeizar

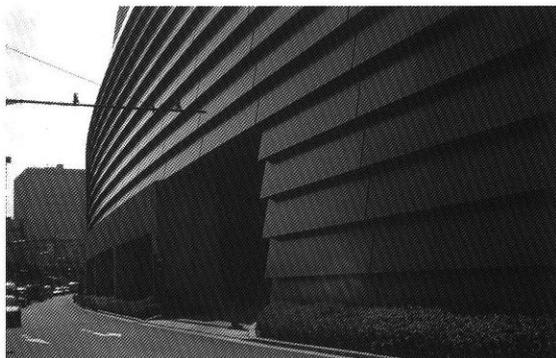
la idea mediante un lenguaje arraigado en las más avanzadas soluciones tecnocientíficas, traducidas a las condiciones físicas e históricas locales.

El Foro puede ser reconocido como una sucesión permanente de *encuentros*. Urbanísticamente es un *encuentro*, como se ha dicho más arriba, entre un pasado imperial, de un orden y de un rigor anquilosados pero propios, y una confusión temida, un presente perturbado, pero con voluntad de superarlo: como una barca enorme pero increíblemente liviana, la Sala de Cristal, como si surcara las aguas de movimiento incesante, alterna con el vacío contenido entre ella misma y los cuatro cuerpos crecientes, pero morfológicamente iguales de los teatros, las salas de exposiciones y conferencias, y de los restaurantes.

El patio ofrece algunas sorpresas maravillosas: un juego de reflejos entre el muro de vidrio curvo y continuo de la Sala de Cristal, y el de los cuatro cuerpos: en este eco sucesivo intervienen los árboles, los bancos de un diseño elegante y funcional, las diversas unidades conectadas con los volúmenes prismáticos inscriptos ya en el trazado ortogonal, como por ejemplo la librería, con su excelente y rica colección, el Forum Art Shop, una deliciosa florería, un café vienés y, un tanto más retirada, la agencia turística.

En ese patio-uni6n que permite al transeúnte urbano atravesarlo sin el apremio de participar en cualquiera de las funciones del Foro, se descubren algunas prodigiosas esculturas, como el telúrico *Círculo Hemisférico* de Richard Long, tal vez una indagación sobre los tiempos míticos del mundo y del hombre; la inquietante *Balada de Barcelona* de Anthony Caro; y, por fin, *Ishinki* de Yasuda.

Esta última logra lo que muy pocas a lo largo de la historia: la suave ondulaci6n pétreo de su blanco volumen, signada por el





veteado de un tenue azul grisáceo -como imagen visible de las inexorables fuerzas de turbulencias interiores-, hace latir densa y silenciosamente el mármol. *Ishinki*, si se traduce con precisión filológica, significa "sin título". Yo no quisiera hacerlo. *Ishinki* para mí significa algo cuya sonoridad se capta por los sentidos y se accede a su esencia sólo por estas misteriosas señales que surgen desde el interior de uno como respuestas de las sensaciones causadas por el impacto para que, finalmente, logren transmutarse en palabras. Para mí, *Ishinki* significa la tensión entre el caos y la forma; la violencia de las fuerzas inherentes a la vida orgánica y el anhelo de la belleza; la naturaleza en sí y la condición humana de contenerla dentro del orden, como una parte del mundo para-nosotros. *Ishinki* es el eros mismo. Resplandeciente entre los árboles, palpitan-

do y reaccionando a cualquier imperceptible cambio de la posición que adopte el observador, *Ishinki* me transmite la confianza en la vida y la fidelidad al hombre.

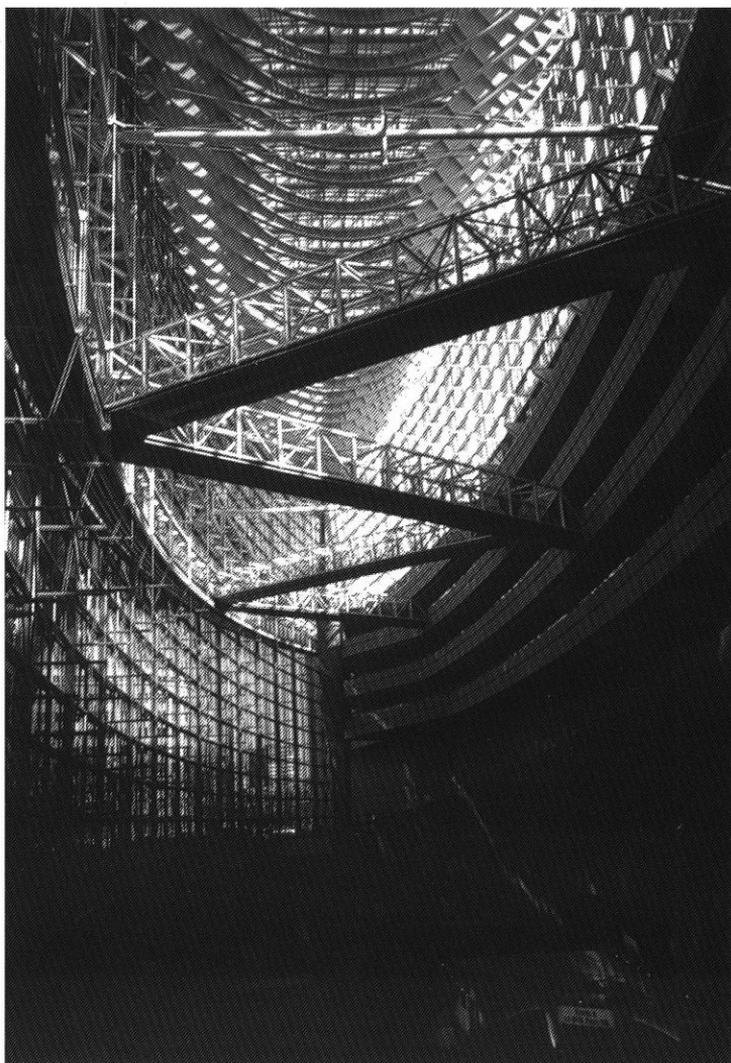
Los *encuentros* suceden también en las salas especiales de medios e informática, como el Hall Audiovisual, el Lobby de Información Cultural, la Fundación Metropolitana de Tokio para la Educación y la Cultura, el Centro de Información para el Turista Extranjero o el Tomin College, cuyo objetivo es una educación permanente enmarcada dentro de las ciencias sociales.

Asimismo, a través de la comida. Un país vejado por las cíclicas hambrunas, con una producción ínfima en relación con el volumen necesario para la alimentación de su población, también en este aspecto se abre hacia lo diferente. En el Foro, esta cuestión no es sólo pasatiempo o respuesta a las necesidades

primarias sino que simboliza otro *encuentro*. Distribuidos en las diversas unidades, instalados con espléndido refinamiento y a la vez llamativo pragmatismo, como si buscasen resolver la insensata discusión acerca de lo bello y lo funcional, los cafés (francés, vienés, tropical, clásico, con reminiscencias anglosajonas), los restaurantes (americano, japonés, italiano, chino, internacional) y el negocio de artículos alimenticios brindan otro testimonio sobre esta nueva pero vigorosa tendencia de la cultura japonesa hacia el *encuentro*.

Después de largas horas de recorrido -cuando el alma que ha recibido tantos y tan fuertes impactos advierte antes que los pies-, invitada por el arquitecto Masao Shiina, nos detuvimos para almorzar. Experimenté, por primera vez en Japón, no sólo la etérea belleza de un restaurante con carácter tradicional que

se halla en el último piso de la Sala de Cristal, sino la elegancia de su servicio y, en calidad de comensal, algo de la particular cocina japonesa. Mi paladar occidental, más bien argentino, aceptó gustosamente la comida servida deliciosamente. Sospecho que la amable preocupación del Masao Shiina hizo posible que no me encontrara con ninguna sorpresa extraña. ¡Pero los palillos...! Entre la fascinación y la envidia, observé cómo él los manejaba con una admirable elegancia. Mi torpeza se hizo más que evidente al terminar aplicándolos como pinches -a pesar de la discreta oferta de la camarera, vestida con ropas tradicionales pero no folklóricas, de traerme tenedor y cuchillo-. Sentí que usar allí los tan familiares cubiertos hubiera sido corromper el encanto de vivir algo diferente, pues los palillos, la manera de comer, los sabores, el espacio ar-



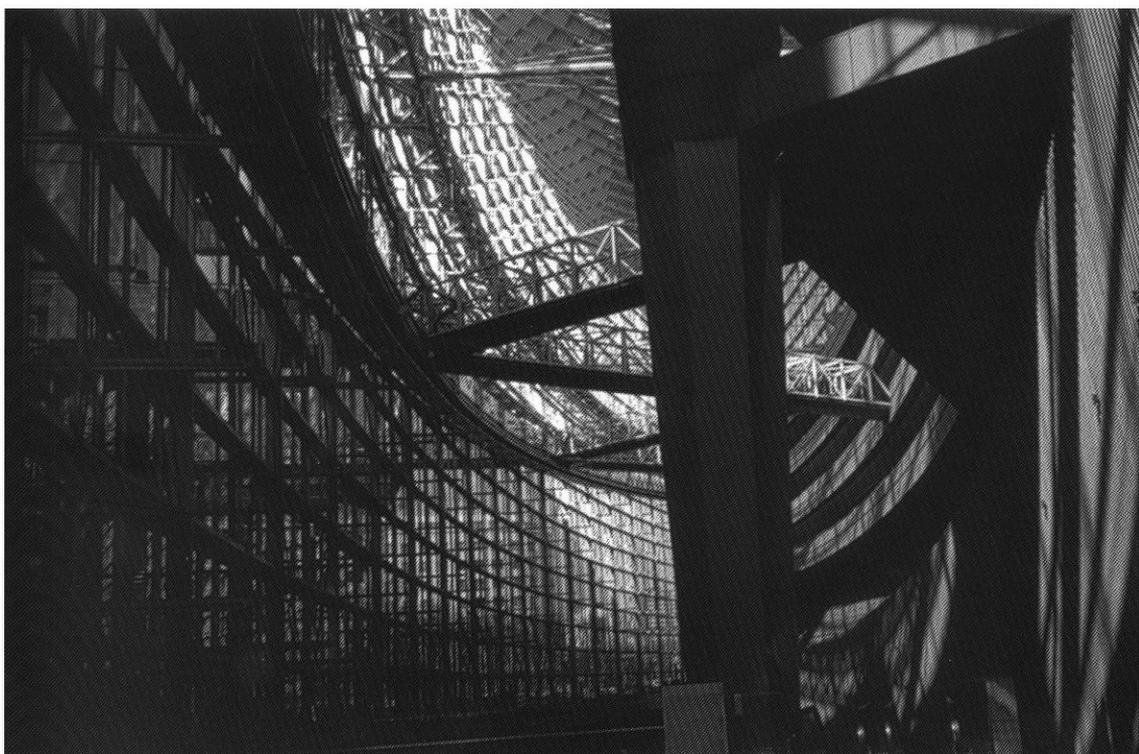


quitectónico, el diseño de los muebles y del menú, todo, se anudaba en un conjunto que, a pesar de haber sido proyectado desde una experiencia académica y la práctica occidental, era realmente japonés.

Esta experiencia me regaló el aprendizaje sobre algunas pequeñas y bellas costumbres de una cultura tan diferente. Hice lo que, según creo, hacen todos los occidentales: adquirí algunos palillos y de tanto en tanto me propongo usarlos. Pero siempre con el mismo resultado. Sin embargo, estos livianos y tan sencillos instrumentos funcionan como guardianes de la memoria, y cada vez que los miro acude a mí esta enseñanza. Regresé varias veces al Foro: conocí su valiosísima colección de arte moderno; escuché una excelente ejecución de obras de *Bartók* para violín, asombrada por el inusitado encuentro con la música tan querida desde la infancia. Observé el TV-wall, con su apabullante información. Compré unos libros sobre la arquitectura japonesa; otros, extrañamente bellos, sobre diseño digital; algunos preciosos volúmenes de estampas, especialmente las de *Hodoyoshi* y *Hokusai*, y también algunos, de una documentación espectacular, sobre el teatro *Noh* y el

Kabuki. Tomé un café excepcionalmente sabroso con una succulenta torta inglesa.

Ya casi creía entender, si no todo, al menos este lugar. Un domingo -era el invierno- ya en plena oscuridad, decidí tomar el subte que, se conecta con el Foro que, como dije, se ubica junto a la estación Yurakucho. En aquel mundo subterráneo, en ese espacio sólido, lujoso hasta la pretensión, con su aire neoconservador neoclasizante, pregunté en el puesto de informaciones cómo llegar a la estación Tokyo. *Usted está en la Estación Tokyo*, fue la lacónica respuesta, y su emisor se hundió otra vez en un mutismo impenetrable. Sí, efectivamente estaba en esa estación. Había bajado desde el mismo Foro, en Yurakucho, y me vine a enterar de que me encontraba en la estación siguiente. Debido a la operatividad necesaria en estas situaciones, no me quedó otra opción que aceptar aquel enunciado sobre la realidad, pero para mí esto sigue siendo un enigma. Lo bueno es que dispongo de un nuevo y pertinente ejemplo para entender la condición histórica y social de la lógica, en su riqueza y en su constante variabilidad.





Mi diminuta vivencia me reconfirmó la grandeza y el valor de la obra de Viñoly y de quienes decidieron su realización. La solidaria articulación de culturas diferentes, resuelta durante milenios con sangre o con feroz aislamiento, es una tarea realmente ardua. Pero su consecución urge cada vez más y, aunque las condiciones para ella son día a día más favorables, todo el que alcanza este logro merece admiración y gratitud.■



